

los poetas, de los artistas, como lo vemos bajo Pericles, en Atenas y en la época del Renacimiento, en aquellas repúblicas libres del siglo XV. Los mismos etruscos tuvieron su desarrollo original, y fueron creadores. Los romanos de la república tambien lo fueron y mucho mas de lo que generalmente se cree: hace dos años, señores, que os lo demuestro.

Esas épocas de la verdadera libertad, lo son tambien de la creacion verdadera. Entónces aparecen los tipos, las formas, que mas tarde serán imitadas. Entónces las ideas se manifiestan. Despues, solo se harán amplificaciones de retórica, reproducciones mas ó ménos exactas, para complacer á tal ó cual soberano; pero fuerza será pedir á esas fuentes generosas y puras la inspiracion y los modelos.

Las épocas de servidumbre en que un solo hombre gobierna un país, pueden ser épocas brillantes, deslumbradoras, relativamente fecundas, que se imponen á la humanidad á la que se le hacen gustar y admirar; pero solo son brillantes por el exterior, por la forma, por el don de imitar. Estas épocas no inventan y son incapaces de crear nada. Por casualidad puede surgir un destello, pero es la excepcion.

No nos cansaremos de repetirlo, señores, las grandes épocas para las artes y las letras, son y deben ser grandes épocas tambien para la libertad.

II.

AUGUSTO EN SU CASA.

No puedo dejar de alabar el ejemplo que dió Augusto, y que debia haberse propuesto á los soberanos, de preferencia á muchos otros, cuando lo veo tratando de introducir entre los ciudadanos la sencillez de las antiguas costumbres romanas, habitando una casa modesta, contentándose con lo necesario, haciendo grandes gastos en los monumentos públicos, y muy cortos en las cosas privadas. Ciertamente hay en este punto de la vida de Augusto, una sabiduría real, cualquiera que sea la causa de su conducta, ya que haya sido guiado por el instinto político, por su gusto ó por el cálculo. Por lo que hace á mí, prefiero creer que fué por su voluntad, pues el buen juicio, cuando se quiere tener, es mas honroso que la prudencia instintiva. Era, pues, el gefe del Estado quien queria conducir al pueblo que gobernaba á cierta sencillez, juzgándola conveniente, en las costumbres roma-

nas, para mantener el espíritu de obediencia y conservar también cierta grandeza relativa del pueblo romano, que realzaba el brillo de su servidumbre.

Suetonio nos dice cuál era el género de vida de Augusto, y nos da algunos detalles sobre su casa: «No era notable ni por su tamaño ni por sus adornos; los pórticos eran pequeños, los materiales eran la piedra comun de Alba; los cuartos no estaban adornados ni con mármoles ni con hermosas baldosas. Durante cuarenta años ocupó la misma pieza, tanto en verano como en invierno. Cuando quería trabajar sin testigos, y que no lo interrumpiesen, tenía un retrete en un pabellon muy elevado, que llamaba su ciudad de Siracusa, ó bien se retiraba á los arrabales en casa de alguno de sus libertos. Cuando estaba enfermo vivia en la casa de Mecénas. No le gustaban las habitaciones vastas y suntuosas: mandó arrasas una casa que su nieta Julia habia hecho construir con demasiado lujo. La suya, aunque pequeña, estaba embellecida, no con estatuas y pinturas, sino con Zystos,¹ con bosquecillos y curiosidades tales como hosamentas de monstruos gigantescos encontrados en Caprera, y armas de héroes antiguos.

Las mesas y las camas muestran cuán económico era para la eleccion de sus muebles, que desdeñarían la mayor parte de los particulares. Se acostaba en una cama baja y cubierta muy sencillamente. Sus vestidos eran casi todos hechos en la casa por su muger, su hermana y sus nietas. Usaba un calzado un poco elevado, para parecer mas alto de lo que era.

1 Zysto. Palabra griega que púdiere traducirse por palenque. Significa un vasto espacio al aire libre ó cubierto, con pavimento muy terso y bruñido, destinado á luchar, á apostar carreras y á toda clase de ejercicios corporales.—(Nota del traductor.)

Comia muy poco y cosas comunes; pan de segunda clase, pescaditos, queso, leche, higos frescos. Una vez escribia en una carta: «No hay judío que ayune mas rigurosamente el dia del sábado, que lo que lo he hecho yo hoy;» y en otra parte: «Comí en mi litera una onza de pan y algunas uvas secas,» ó bien: «He comido en mi carruaje, pan y dátiles.» Para refrescarse tomaba pan mojado en agua, un pedazo de sandía, un tallo de lechuga, ó una fruta ácida.

Tenia el cuerpo con manchas esparcidas en el vientre y en el pecho como las siete estrellas de la Osa. Una especie de sarpullido lo obligaba muchas veces á frotarse y á abusar del estrígil.¹ Tenia bastante débiles la cadera, y el muslo y pierna izquierdos, y aun cojeaba algunas veces. De cuando en cuando se le helaba y entumecía de tal manera un dedo, que era necesario para que pudiese escribir rodeárselo con un pedazo de cuerno. Ya se quejaba de la vejiga, ya de obstrucciones en el hígado. Tenia enfermedades anuales y periódicas. En invierno usaba cuatro túnicas debajo de una gruesa toga. Sostenia su frágil salud por medio de muchos cuidados. Tan pronto como concluyeron las guerras civiles, renunció al caballo y al ejercicio de las armas, y se limitó á jugar á la pelota y al globo; bien pronto ya no hacia mas que pasearse en litera ó á pié.»

Bien á las claras se ve aquella casa modesta; pero no exageremos la sencillez de la arquitectura de esa época. Aquella sencillez tiene algo de las casas griegas. Es seguro que las casas de Pompeya habrían aparecido excesivamente sencillas á los contemporáneos de Augusto, y para nosotros, ¿no es verdad? esas casas son un encanto, una ilusion; nos

1 Estrígil. Cepillo duro, con mango largo, para asearse y frotarse el cuerpo.

parece que en ellas se pasaría la vida mas poética del mundo, con aquellas columnas, aquellas pinturas, aquellas estatuas, aquellas fuentes de agua brotante, aquel sol que inunda los pórticos. En esa vida antigua, revelada por un municipio de provincia, bien raquítrico comparado con Roma, hay todo un sueño de felicidad poética, que acomodaría muy bien á los modernos, aun cuando fuesen amigos del lujo.

La casa de Augusto, que no habia sido mandada hacer por él, y que habia comprado, tenia ciertamente estos caracteres. Comprended, pues, que era una casa contemporánea de la introduccion del arte griego en Italia, que tenia toda la gracia y la poesía que los griegos llevaban consigo á todas partes. En aquel tiempo no abundaban todavía las maderas preciosas, el pórfido, el alabastro, las taraceas del Oriente, los muebles suntuosos, etc. Pero lo mas encantador era el cuadro en que estaba colocada aquella habitacion, situada sobre el Palatino, lo que le daba una belleza mas, la belleza pintoresca. Desde allí se gozaba de una de las mas hermosas vistas de Roma. El Palatino está situado en medio del círculo de las siete colinas: desde la plaza que ocupaba la casa de Augusto, desde la extremidad del Palatino que miraba al gran circo, se veian el Capitolio, el monte Aventino, con sus jardines, sus templos, la llanura con los magníficos monumentos que los romanos habian levantado á lo largo de la via Appia hasta diez y nueve millas de distancia, y por fin, las colinas de los bordes del Tíber.

Esta situacion tan favorable para deleitar la vista, habia sido, desde el principio, una tentacion para los primeros personajes de Roma; aun habia tradiciones sobre el nombre de Palatino. Se decia que el viejo Evandro habia sido el primero en establecer allí su habitacion, y que su hijo Palas

habia dado su nombre á la colina. Cinco de los reyes de Roma habitaron el Palatino. Los recuerdos de la dignidad real estaban de tal modo enlazados con esta colina, que cuando el mejor de los ciudadanos, Valerio Públicola, quiso construir ahí una casa, los murmullos del pueblo lo forzaron á demolerla. Durante los primeros siglos de la república esta parte de la ciudad tuvo, pues, una especie de mal nombre. Querer habitarla, era para los grandes personajes de la república, dar cabida á la sospecha de ambicionar la dignidad real. Fué preciso que el ejemplo viniese de los gefes demócratas, que ninguna sospecha podian inspirar, porque eran los órganos de las pasiones populares. Los Gracos, sin el consentimiento del senado, construyeron en el Palatino; y los malos recuerdos quedaron corjurados desde que ondeó ahí la bandera popular. Algunos advenedizos y enriquecidos vinieron á su vez á construir ahí sus casas. Tal fué Scauro, cuya casa se elogiaba en la antigüedad como un tipo de riqueza y de elegancia; tal fué Ciceron, el orador Hortensio su rival, Publio Clodio, que tal vez en esto queria imitar á los Gracos, pero que fué el vecino mas desagradable para Ciceron. Sabeis que la batalla entre ellos fué larga, que Ciceron fué desterrado, que Clodio quemó su casa, y que el gran orador fué víctima de vejaciones diarias de parte de su peligroso vecino.

La casa que habitaba Augusto era la del orador Hortensio. Primero habia vivido en la region del Palatino, en un lugar que se llamaba *Cabezas de bueyes*, sin duda porque el friso de algun edificio vecino estaba adornado con cabezas de buey. Era la casa del orador Caloo, casa pequeña y mal situada, pues los Octavios eran pobres.

Augusto compró, pues, la casa del orador Hortensio. El

emperador se contentó con esta casa que no había sido hecha para él; pero, añadido de nuevo, que lo que había podido bastar á un orador ilustre, que tenía gusto por las cosas bellas, rico, que tenía á pueblos enteros por clientes, colmado de regalos, que había hecho venir á artistas griegos para decorar con molduras y esculturas las partes esenciales de su casa, que lo que había podido ser suficiente para un amigo del arte griego como Hortensio, podía perfectamente convenir al emperador Augusto, con sus gustos y sus cálculos de sencillez.

Al lado había jardines cuya extensión no era muy considerable, pero suficiente para construir en ellos algunos edificios, como lo hizo Augusto. Un templo ocupaba el centro de las poblaciones; al rededor del templo se desarrollaban grandes pórticos en cuatro lados; á estos pórticos se unían unas salas que componían una biblioteca.

El templo estaba consagrado á Apolo, á un Apolo particular á que Augusto había dado el nombre de Palatino.

¿Y por qué había preferido Apolo á los otros dioses? era el dios de la poesía, de las artes, de las musas; pero su devoción databa de mas léjos. En su juventud, en medio de la prostitucion sangrienta del triunvirato, había dado una fiesta que escandalizó á los romanos, y recordó lo que en Atenas había hecho Alcibiades en sus noches de depravacion. Había tenido la idea, con once de sus amigos, conspiradores ó fautores de guerras civiles como él, de celebrar un banquete secreto, un banquete de los doce dioses. Se vió llegar á los doce amigos vestidos de divinidades, y al decir amigos no defino el sexo, pues en los doce dioses están comprendidas las diosas. Aquello era un sacrilegio tanto mas injurioso para los romanos, cuanto que una de las grandes solemnida-

des de Roma era la fiesta de las Camas, *Lectisternium*. En los dias de victoria ó de supremo peligro, se preparaba un festin, se traian del Capitolio las estátuas de los doce grandes dioses y diosas, las trasportaban con pompa, y las ponian en una cama, donde les servian el festin.

Augusto, ese hombre que debía ser mas tarde tan sobrio, que, en su vejez, llegó á vivir con dátiles é higos, encontró divertido parodiar en una orgía ese banquete de los doce dioses. Ya sea que su belleza ó que razones de familia lo decidiesen, había tomado el traje de Apolo, y tomó asiento entre Latona y Diana, como dios de la luz. Este acto licencioso se supo desde el dia siguiente: grande fué el escándalo, y han llegado hasta nosotros monumentos incontestables de la irritacion pública. Marco-Antonio primero, que en ese tiempo aun no era cómplice de Octavio, se apresuró á divulgar un secreto que fué de los primeros en saber. Hizo contra ese sacrilegio unos versos que Suetonio nos ha conservado. Los versos no son muy buenos, pues se puede ser á la vez un triunviro malvado y un mal poeta. Pero mientras Antonio hacia versos, el pueblo los hacia tambien y no ménos elocuentes. Habiendo faltado los convoyes de trigo en Ostia, se escribió en las paredes: «No es de extrañar que los ciudadanos se mueran de hambre, pues los dioses se han comido todo el grano.» Se añadia: «que el mas gloton de todos los dioses era Apolo Verdugo.» Es notable que muy temprano el pueblo haya dado á Octavio ese nombre, que Mecénas al fin de su vida debía arrojarle al rostro, un dia que en el tribunal criminal el viejo emperador condenaba imperturbablemente á muerte á todos los acusados. El pueblo había grabado tambien en las paredes: «Apolo Torturador.»

En esto hay una especie de juego de palabras, que se refiere á la topografía de Roma.

En efecto, así como en muchas ciudades habia la calle de los Boneteros, de los Silleros, existia en Roma una calle donde se vendian cueros, correhuelas, azotes é instrumentos de suplicio. Los que comerciaban en esta clase de productos eran muchos y estaban ahí agrupados; recordad que en efecto la guerra civil habia hecho estos instrumentos de un uso muy frecuente. Además, las grandes casas de Roma contenian prisiones particulares para los esclavos, y los amos reunian todas las variedades de estos instrumentos de tortura. En aquella calle, pues, se vendian fuetes, manojos de varas, hachas de lictores, y ¡Dios sabe cómo se multiplicaron y fueron empleados los lictores durante las proscripciones de Octavio y Antonio! Como el barrio tenia un pequeño templo consagrado á Apolo, al dios se le habia dado el sobrenombre de Verdugo. Y como Octavio habia tomado el traje y los atributos de Apolo, el pueblo lo asimiló inmediatamente al último de los Apolos de Roma, á Apolo Torturador.

Mas tarde, ya sabemos que despues de la batalla de Actio que decidió la suerte del imperio romano, poniéndolo á los piés de Octavio, este consagró su victoria á *Apolo Actiaco*.

Por estas razones ó por otras que ignoramos, Octavio tenia culto particular por Apolo. Al lado de la casa que habia comprado y en los terrenos libres, hizo levantar el templo de Apolo Palatino, y lo rodeó de pórticos que debian preceder á una biblioteca. Trataré de haceros comprender, por medio de algun plano análogo, que tengamos á la vista, el aspecto del templo de Apolo Palatino y de los accesorios que lo rodeaban. Figuraos el palacio real, y sus cuatro hileras de arcos cambiados en pórticos sostenidos por columnas con capi-

teles, en lugar de arcos abovedados; pensad que las columnas tienen la ventaja de ser ménos pesadas, mas elegantes, de dejar pasar el sol y la luz y de tener la apariencia mas monumental. En lugar de las tiendas que están en el palacio real, suponed construcciones mas espaciosas, y tendreis unos salones como las tiendas bajo los arcos, destinados á contener los manuscritos, los papiros, las colecciones de objetos preciosos, sobre todo de piedras grabadas. Suponed en medio del palacio real un templo, un paralelógramo con su peristilo, y tendreis el templo de Apolo Palatino, desprendido de los cuatro pórticos particulares que lo rodean y que forman los cuatro lados de la biblioteca. Ahí se reunian los ciudadanos letrados, los trabajadores y los ociosos de la inteligencia, ya para escuchar lecturas, ya para oír á los poetas recitar sus versos, ya para buscar materiales en las salas de la biblioteca, ó bien para solazarse con la conversacion. Además, en el espacio al aire libre que separaba el templo de los pórticos de la biblioteca, habia un coloso de bronce que representaba á Apolo y que no era el del santuario, sino un coloso aislado que, segun dice un comentador de Horacio, reproducia las facciones de Augusto.

Este hecho no lo cita sino un comentador oscuro, Acron; por consiguiente hay motivo para ponerlo en duda. Me parece que era demasiado temprano. Que en tiempo de Neron, cuando los espíritus están hechos á la servidumbre, se erija el coloso de Neron asimilado al dios Sol, que se dore ese coloso de arriba á abajo, que tenga 110 piés, me parece natural; pero obrar así en tiempo de Augusto, hubiera sido prematuro; en los momentos en que les rendia á los hombres inteligentes de Roma, era difícil que se asimilase á un dios, sobre todo bajo el aspecto de coloso, que es la forma mas mages-

tuosa. La estatua tenia 15 metros de altura, y dicen los antiguos que era de bronce fundido en Etruria, y que tanto se admiraba la belleza de la forma como la perfeccion del trabajo. En una palabra, segun este testimonio parece que el arte etrusco, en el siglo de Augusto, tenia todavía fábricas que practicaban siempre el arte de fundir, que le era propio como al arte griego, y que era capaz de ejecutar un coloso de 15 metros.

Tal era el conjunto del monumento. El templo en medio; un gran espacio vacio, bosqueillos, flores, fuentes; en un ángulo un pedestal y una estatua al aire libre; al derredor de este espacio vacio, cuatro hileras de pórticos unidos entre sí. Estos pórticos no eran mas que la parte delantera de una serie de salas, contiguas una á otras, que tenian sus puertas y salidas para los pórticos, y que servian para el uso de los bibliotecarios y del público.

Las columnas de los pórticos eran magníficas. Eran de un hermoso mármol, de mármol africano, veteado de manchas rojas, violetas, negras, y de una extremada riqueza, como todavía se ven algunas en Roma, é indudable es que mas de una mejora se ha hecho en las iglesias de Roma con esas columnas del Palatino. Entre cada columna de mármol africano, habia una estatua, estatuas que habian sido llevadas de Grecia por Augusto, pero no sabemos de dónde las habia tomado. Representaban las cincuenta Danaides, y la quincuagésima primera era su padre, Danao, colocadas entre cada columna. ¿Y por qué, señores? ¿No habia en esto una intencion simbólica? ¿Esas Danaides esforzándose incesantemente por llenar sus toneles, que se vacian siempre, no son el símbolo de la ciencia que trata de saciarse y no consigue jamas su objeto? ¿No son el símbolo de nuestra memoria, que va á

recoger conocimientos á las bibliotecas, y que deja escapar lo que ahí recoje?

En fin, esa disposicion de pórticos que rodean un templo, está tomada de las construcciones de Metelio Macedonio, y habia causado sensacion, puesto que fué reproducida en el templo de Trajano. Este templo, del que se descubrieron magníficos fragmentos en Roma, el invierno pasado, estaba tambien rodeado en tres lados de pórticos, y el único que estaba abierto daba sobre la Basílica y sobre la plaza de la columna Trajana.

La biblioteca era pública. Y por esto, no falta quien exclame: «¡hé aquí una cosa liberal,» y quien me diga: «hé aquí los beneficios del poder de uno solo! Ha sido preciso Augusto, para que hubiese una biblioteca en Roma; ese espléndido monumento abierto á todos los amigos del arte griego y del arte latino, compensaba muchas cosas y hacia palidecer de rabia á vuestros republicanos romanos.» Pero recordad, señores, que os he prometido demostrar que todo lo hecho bajo el imperio, puede ser mas grande, mas magestuoso, hecho con materiales mas costosos que bajo la república; pero en los monumentos de esta, el tipo habia existido siempre. Así sucede en cuanto á la biblioteca Palatina, que no fué una invencion propia de Augusto. No era necesaria la accion del poder absoluto para obtener el beneficio de una biblioteca pública en Roma, ya ántes la habia habido, y debida á la iniciativa de particulares que eran ricos, y á los esfuerzos de particulares que amaban las letras.

Se habia visto á Lúculo mandar construir una biblioteca en su inmenso palacio, que copió de los de la Grecia, y no digo que de la de Alejandro, que era un mundo, pero sí probablemente de las de Atenas, de Seleucia, de Pérgamo, y de